

FELICIDAD Y FACILIDAD NO SON LA MISMA COSA

Cuando nuestros hijos, son pequeños, nos volcamos en su cuidado y atención. Estamos pendientes de ellos, de lo que necesitan y les ayudamos todo lo posible. En este deseo de ayudarles para que se encuentren mejor, para que se sientan queridos, de manera imperceptible les vamos introduciendo en un camino de facilidades, de problemas resueltos, de confort, de despreocupación. A veces confundimos, todo lo anterior con la felicidad, sin embargo la felicidad no estriba tanto en la ausencia de dificultades como en nuestra capacidad de afrontarlas y superarlas. La responsabilidad, el esfuerzo personal, el sacrificio, nos construyen interiormente, nos maduran. Un niño, crecido “entre algodones” es un ser frágil, voluble, sin confianza en sí mismo, que fuera de la protección de su familia se encuentra inseguro y vulnerable.

Hoy lamentablemente asistimos al espectáculo triste de no pocos adolescentes y jóvenes que carecen de una mínima autodisciplina, que se dejan llevar por su estado de ánimo o por sus apetencias del momento y que dejan de acudir a clase “porque se levantaron sin ganas”, que son incapaces de afrontar el compromiso sacrificado que conlleva un trabajo o la responsabilidad de una relación de pareja. Estas situaciones dolorosas arrancan mucho tiempo atrás, en un contexto de facilidad, de tenerlo casi todo, de no necesitar “pelear” y esforzarse para conseguir metas, de no verse implicado en las responsabilidades cotidianas de la casa y el colegio. Estos adolescentes y jóvenes no entrenaron sus responsabilidades cuando fueron niños.

No se trata de crearles dificultades a nuestros hijos, sino de ayudarles a afrontar las que de manera cotidiana se presentan. Imaginemos que nuestro hijo de 1º de ESO, se olvida su bacadillo para el recreo en casa. Si nosotros le llevamos el bacadillo al colegio, le estaremos evitando una dificultad, pero a la vez, facilitamos que no se haga responsable de sus cosas. Si, por el contrario, no se lo llevamos, seguramente le supondrá un cierto fastidio a la hora de su recreo verse sin su bocata, pero este fastidio, que no hemos evitado, es la palanca que le ayudará a ocuparse y atender mejor sus cosas. Algunos padres podrían decir: “es que no me cuesta ningún trabajo acercarme al colegio a llevarle el bacadillo”. Pero la idea importante no es si a mi me importa o no hacerlo sino si eso le conviene o no a mi hijo. Hay un principio educativo aplicable a una mayoría de situaciones: “No haga por su hijo aquello que puede hacer por sí mismo”. Este principio es aplicable desde la más tierna infancia hasta la juventud, aunque es evidente que determinadas responsabilidades aplicables a un adolescente no lo serán en un niño de tres años.

Nuestros hijos van creciendo, y con su crecimiento desarrollando habilidades y capacidades, sin embargo, en no pocas ocasiones, nos encontramos con chicos que pudiendo ser más responsables para algunas cosas, son atendidos por nosotros como si no hubieran crecido. Chicos, a los que hay que recogerles su habitación, estudiar con ellos, recordarles que se ocupen de su aseo, recoger y ordenar su ropa, ordenarles la mochila, etc., chicos que han crecido en tamaño y no la han hecho en responsabilidad y madurez.

Este proceso de ayudar a nuestros hijos a ser más responsables, es un camino continuo y largo, que en no pocas ocasiones, les deparará alguna frustración, algún dolor, algún malestar, si embargo estos tropiezos naturales son una gran ayuda para construirse interiormente, para adquirir seguridad, autoestima, sentido de la competencia. No sería mala idea que cada uno de nosotros pudiéramos recordar como en nuestra propia vida familiar, social y profesional, las dificultades nos ayudaron a superarnos y a avanzar.

Cada uno de nosotros se puede hacer la siguiente pregunta: ¿cuántas cosas estoy haciendo por mi hijo que el podría estar haciendo por si mismo? Cuando menos es curioso, que junto a chicos que viven cómodamente en su casa, hay padres (en especial madres) que no paran, que trabajan fuera y dentro del hogar, que apenas tienen tiempo de sentarse y de respirar, mientras que los hijos ven la tele o juegan con sus consolas como si todo ello nada tuviera que ver con ellos. Nuestra generación es la de padres “camareros”: “¿qué va a tomar el señor?, ¿está todo a gusto del señor?

¿Y cómo ayudo a mi hijo a ser más responsable? Pues no ocupándome de las cosas en la que él es competente por edad. Si nuestra hija de nueve años deja todo tirado por su habitación, en lugar de recogerlo por ella (quitarle de en medio el problema), le comunico que a partir de ahora ella va a ser responsable de el orden en su habitación. Cuando le doy a mi hijo una determinada responsabilidad lo debo hacer con todas las consecuencias y no a medias, es decir, que el hecho de que yo le comunique a mi hija que ella será responsable del orden no significa que lo vaya a hacer bien desde el principio, por el contrario es probable que el orden en la habitación empeore al inicio. Tenemos que conseguir que el desorden en la habitación afecte más a nuestra hija que a nosotros. Mientras la preocupación por el orden en la habitación sea mayor en nosotros que en ella, es bien difícil que se produzcan cambios. Si la habitación de nuestra hija se convierte en un caos; no importa. Cuando ese caos empiece a ser molesto para ella empezará a organizar las cosas de otra manera. Este es un proceso que puede durar semanas y en que hemos de tener la paciencia y capacidad de contención de no intervenir acudiendo en socorro de nuestra hija. Tenemos que conseguir que su desorden en la habitación se convierta en algo molesto para ella y que ella perciba que “de verdad” ya ese es un tema del que debe ocuparse ella.

En no pocas ocasiones, el problema es que a la vez que nos quejamos de que nuestros hijos no son más responsables, no somos consecuentes y no abordamos con valentía y decisión los cambios necesarios en la vida familiar. Nuestros hijos, en muchas ocasiones, saben que amenazamos, suplicamos e intentamos convencerles hasta la saciedad, pero que a la hora de la verdad nos cuesta ir más allá de las palabras.

Tenemos que reflexionar sobre que concepto de felicidad estamos favoreciendo y en la manera de recuperar el esfuerzo, la capacidad de superación como esos buenos cimientos que son, para levantar personas que se sienten seguras y competentes para afrontar los retos que la vida les deparará constantemente.